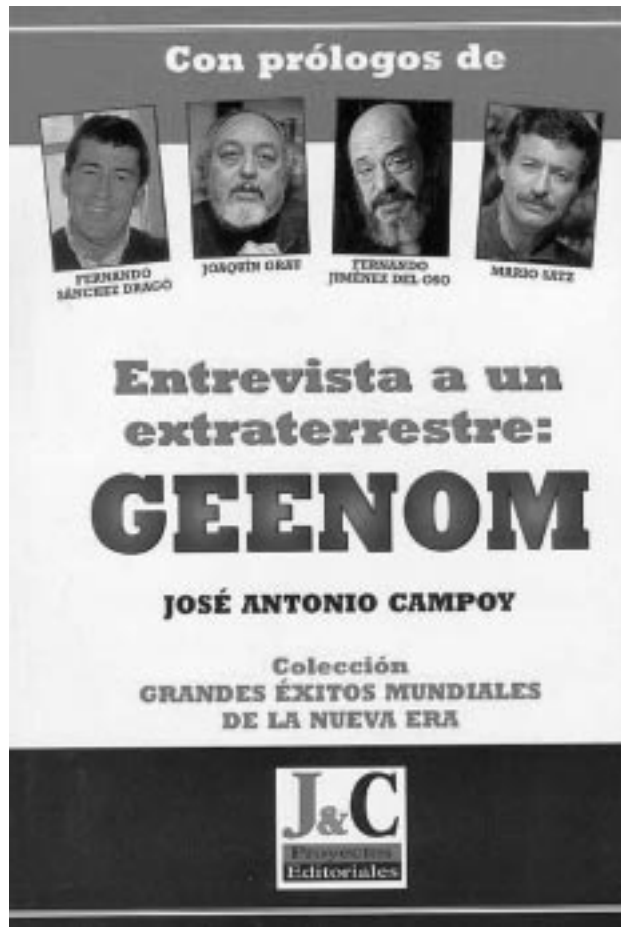


# Conversaciones extragalácticas y tomaduras de pelo

Tras dos años de ardua labor en la sombra, José Antonio Campoy, director de la revista *Más Allá de la Ciencia*, ha publicado un libro de difícil calificación: unas veces parece un tratado de *risoterapia*, otras, un catecismo para iluminados de la Era de Acuario o Nueva Era, y las más, una fuente inagotable de tópicos para crédulos con atrofia irreversible del sentido común.

Campoy mira por encima del hombro al proyecto SETI y similares, ya que él tiene una solución que hace obsoleta cualquier otra tecnología de búsqueda y contacto extraterrestre, la conexión telepática. Y lo deja bien claro: ¿para qué usar tecnología “sophisticada y de punta si uno puede comunicarse a la velocidad –aparentemente– instantánea del pensamiento”?<sup>1</sup> En el viejo y superado paradigma científico, los móviles solían tener, sobre todo por norma de buena conducta, velocidad instantánea, que era la velocidad que llevaban en cada instante; en el *nuevo paradigma*, eso no siempre es así. Por ejemplo, el pensamiento debe viajar tan deprisa que la velocidad instantánea sólo es aparentemente instantánea; esto es, que la velocidad que lleva en cada instante sólo aparentemente es instantánea, que diría Groucho. ¿Qué es entonces? No se sabe. Por eso, y ya en el curso de la *Entrevista a un extraterrestre: Geenom*, el libro que comentamos, al preguntarle al sabio extraterrestre por



Campoy, José Antonio [1997]: *Entrevista a un extraterrestre: Geenom*. Prologado por Fernando Sánchez Dragó, Joaquín Grau, Fernando Jiménez del Oso y Mario Satz. J&C Proyectos Editoriales (Col. “Grandes Éxitos Mundiales de la Nueva Era”). Madrid. 253 páginas.

la velocidad del pensamiento, éste le contesta, saliéndose por la tangente, que es muy grande; que se ha intentado medir varias veces, pero sin conseguirlo.

La telepatía permite una rápida comunicación entre entrevistador y entrevistado, aunque este último diga encontrarse en un planeta de la estrella Alfa B,

constelación de Centauro, a unos 4,39 años-luz de la tierra;<sup>2</sup> lo malo es que, por razones que Campoy no explica, la comunicación directa mente-mente no es posible, y hay que recurrir a trucos de *alta tecnología*, como es un tablero (de madera; los metálicos interfieren con las “ondas del pensamiento”) de forma circular, lleno de letras en los bordes, que se seleccionan mediante un bote de yogur (una *ouija*, para los que entienden de esto). El frasco se mueve empujado más o menos al unísono por un dedo de cada uno de los dos *intérpretes*, miembros del grupo de *contactados* Aztlán, que se ponen a la tarea. Luego, uno de ellos, generalmente una mujer que, mensualmente, en la revista *Más Allá de la Ciencia*,<sup>3</sup> mantiene un *duelo a muerte* con la Física, uno de ellos, repito, va formando verbalmente las palabras con las letras que señala el vasito de yogur. Claro, por muy rápidos que sean con los dedos, ir descifrando según este método el mensaje extraterrestre lleva su tiempo. De ahí que la gestación de este inefable libro durase, como se dijo al principio, más de dos años.

Ya hacen falta tragaderas para creerse todo este montaje del grupo Aztlán; pero si al menos las respuestas que los *contactados* ponen en boca de su *guía extraterrestre* –¿tendrá boca Geenom?– fuesen medianamente sensatas, más o menos de sentido común, y no estuviesen

plagadas de errores científicos y de toda índole, el entrevistador tendría alguna excusa para justificar su credulidad sin límites en el grupo y en su *guía*. Pero es que dichas respuestas representan un rebuscadísimo ejercicio de disparates antológicos, de forma y manera que los cuatro prologuistas,<sup>4</sup> cuatro, amigos del autor y con rango cada uno, como menos, de capitán general con mando en plaza de las que Sánchez Dragó llama *cohortes esotéricas*, se reservan muy mucho su opinión sobre la veracidad del supuesto extraterrestre, como si tratasen de salvar algunos gramos de sentido común del gran naufragio en el mar de la credulidad más desbordante al que casi se ven abocados por su condición de introductores y padrinos de Campoy en esta su primera aventura en el mundo de los libros.

*Entrevista a un extraterrestre: Geenom*, no se lo pierdan, tiene una especie de blindaje contra la munición escéptica: por un lado, Sánchez Dragó advierte en su prólogo que el autor “se cura al respecto en salud... avisándonos de todas y cada una de las hipótesis desjarretadoras que los escépticos –él mismo lo es–<sup>5</sup> podrían aducir para buscarle cinco pies al gato de la presunta extraterritorialidad de las conversaciones galácticas que aquí se transcriben...”.

Pero, claro, si contemplamos las hipótesis alternativas a esta conversación galáctica, nos encontramos que, después de rechazar con argumentos muy endeble un presunto cortocircuito telepático entre los miembros de grupo Aztlán, el autor nos habla de comunicación con espíritus descarnados, el inconsciente colectivo, los archivos Akáshicos, los campos morfogenéticos del inefable Sheldrake, y hasta el modelo holográfico del cerebro. Ante estas alternativas, no deben extrañarnos las palabras finales de Campoy: “De todas las hipótesis sugeridas para intentar explicar esta singular experiencia, ésa [que el interlocutor es verdaderamente un extraterrestre] es la que a más gente de mi entorno le parece la menos fantástica. ¿Y a usted?”. (Hombre, si es a mí a quien pregunta el autor, le diría sin reparos que los del grupo Aztlán le han tomado el pelo con un des-

parpajo increíble.)

La otra placa de blindaje la pone el propio Campoy diciendo que, al haber cedido los derechos de autor al grupo Aztlán, se ve libre de que los escépticos le acusen de que detrás de todo esto no hay sino razones económicas (aquí, el autor, dice las únicas cosas sensatas que aparecen en las más de 250 páginas del libro, al anotar que algunas personas considerarán esto “como un disparatado montaje... el delirio fantasioso de una mente exuberante”).

¿Merece la pena comentar algunas preguntas y respuestas, muchas del tipo: “pregúntame un sin sentido que yo te contestaré con una majadería”? La verdad es que no sabría por dónde empezar. Ya, desde el principio, un error en la edad que el grupo

## Un error en la edad que el grupo Aztlán asigna a su 'guía cósmico' permite a Campoy machacar en dos líneas de nota a pie de página la teoría de la relatividad de Einstein

Aztlán asigna a su *guía cósmico* permite una nota de Campoy a pie de página en la que machaca en dos líneas la teoría de la relatividad de Einstein; sigue la conversación sobre una teoría de la evolución que más parecen versiones mejoradas de programas de ordenadores (versión 4.3, 6.2, etcétera); luego, se compara el cerebro con una emisora de radio capaz de emitir en onda corta, onda media y frecuencia modulada (claro que para eso hay que decir que Geenom postula que el pensamiento “no es materia, sino energía electromagnética *sublimada*” (la cursiva es nuestra); se habla de energías a granel y de colorines, incluyendo algunas absolutamente desconocidas por esta ignorante humanidad, como la *energía vóntica*, que permite “expandir el espacio interatómico sin perder la energía de cohesión con la consiguiente carga electromagnética, de tal manera que, de forma instantánea, la nave [un ovni, se supone] puede alcanzar un tamaño de varios

centenares de kilómetros...”.

Es realmente imposible seguir comentando el texto. Los despropósitos se van acumulando de manera que es tarea inútil expurgar, entre tanta mezcla de pseudociencia, máximas de ética trasnochada, mensajes y profecías apocalípticas, y consejos para andar por casa recargando las energías como si de pilas eléctricas se tratase, aquellos asuntos más hilarantes, aquellos pasajes de barroca imaginación *New Age*, aquellos tropezones de la sopa de letras que se nos quiere hacer pasar por *sopa de nuevos paradigmas*.

Dos observaciones finales: el racismo ramplón que aparece de vez en cuando en el texto –como que las razas se deben a distintas colonizaciones de nuestro planeta por extraterrestres de procedencias diversas–, y la seguridad de que el prestigio del autor como “azote de viejos, ortodoxos y oficiales paradigmas científicos”, y crédulo comulgante con ruedas de molino, que, según sus propias palabras, arriesga en éste su primer libro,<sup>6</sup> no sólo no se ha resentido por ello, sino que se ha afianzado sólidamente.

FERNANDO PEREGRÍN

<sup>1</sup> Quintana, Carmen [1997]: “El director de ‘Más Allá de la Ciencia’ entrevista a un extraterrestre durante más de dos años”. *Más Allá de la Ciencia* (Madrid), N° 100 (Junio), 36-45.

<sup>2</sup> ¡Vaya sitio más mal elegido por el grupo Aztlán para morada de su *guía cósmico-espiritual*, en exclusiva, Geenom! Podían haberse molestado en buscar un lugar más plausible. ¡Con lo grande que es el Universo!

<sup>3</sup> María Pinar Merino, encargada de la sección “Las leyes del espíritu” en *Más Allá de la Ciencia*.

<sup>4</sup> Por orden de aparición: Fernando Sánchez Dragó, Joaquín Grau, Fernando Jiménez del Oso y Mario Satz.

<sup>5</sup> ¡Sánchez Dragó llamando escéptico a Campoy! El iluminado y heterodoxo autor de *Gárgoris y Habidis* siempre con sus bromas...

<sup>6</sup> Ha quedado a salvo, en mi opinión, la lucidez del sector de editoras profesionales. Ninguna ha querido editar el libro, que ha sido publicado por su autor, dentro de una imaginaria y pomposa colección: “Grandes Éxitos Mundiales de la Nueva Era”.

# Más de lo mismo

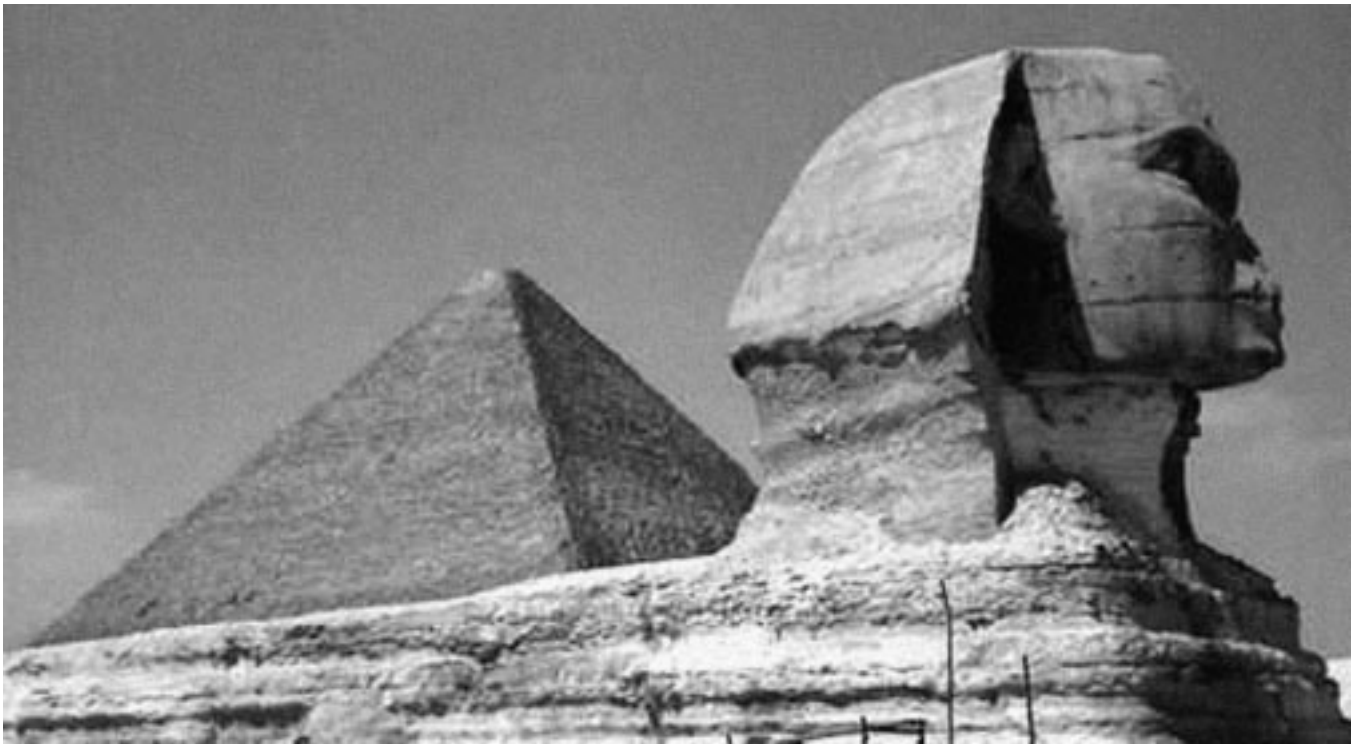
El misterio sobre los orígenes del ser humano ha sido, sin duda, uno de los grandes motores de la investigación. Pero no sólo eso, también el saber cómo se formó el universo, nuestro mundo e, incluso, nuestra propia cultura es algo que nos une, en general, a la humanidad, sea como pueblos o como meros individuos, ya que, desde nuestra más tierna infancia, solemos machacar a preguntas a nuestros progenitores, tratando de que nos aclaren algo sobre lo que hacemos aquí y por qué hemos venido, intentando hallar un cier-

el futuro. Así, un origen en una causa creadora divina nos permite pensar en un presente y en un futuro en el que dicha influencia continuará siendo básica, mientras que un origen natural nos permitirá creer que el futuro –próximo o lejano– estará regido por sus leyes.

Sin embargo, en el presente, tras la caída de un cierto sentimiento religioso cristiano clásico en muchas personas, vemos cómo hay una búsqueda de una cierta transcendencia *mística* en el pasado, con saberes sólo para iniciados, con la construc-

como los humanos –pero con un toque de superioridad o divinidad–, que precedieron a las conocidas en miles de años en su dominio de la Tierra, surge de la necesidad de llenar ese vacío y que sean los misteriosos seres representantes de dichas culturas los que hayan legado a los hombres un mensaje salvador, que nos redimirá de nuestros pecados y problemas.

Creer que el ser humano evolucionó solo, como el resto de bichos, y que el surgimiento de las diferentes formaciones sociales fue un proceso lento, aunque ra-



Archivo ARP

La esfinge de Gizeh, con la gran pirámide al fondo.

to sentido a nuestra estancia en este mundo.

Esa curiosidad, y la dificultad de dar respuesta a las preguntas planteadas, tengo la impresión de que ha sido, en gran parte, uno de los motores del sentimiento religioso, así como del interés por la historia y la arqueología, ya que muchos suponen que conocer el pasado nos puede aportar datos para prever

ción de nuevos mitos acerca de los orígenes, que nos permitan entender mejor el presente, uniendo una cierta mentalidad religiosa –mal entendida– con una mentalidad científica –aún peor conocida–.

Creo que la moda, desde hace veinte años, de mitos sobre astronautas en la antigüedad o sobre misteriosas culturas formadas por seres que podían ser

cional, parece ser un esfuerzo excesivo para mucha gente que no se conforma con una realidad tan poco *estimulante* y que, ante la parquedad de evidencias, no duda en inventarlas o tergiversarlas –con o sin intención–.

Pero este proceso de creación de seres mitad dioses y mitad hombres no es un proceso nuevo, sino que siempre ha existido. En muchas mitologías y re-

ligiones, como la cristiana, la presencia de un mediador siempre ha sido un elemento importante. ¿Quién no recuerda las historias de esos héroes griegos, semidioses, arrancando –de grado o con astucias– sus misterios civilizadores a los moradores del Olimpo para acercárnoslos a los terrestres?

Héroes civilizadores que, en un momento pasado, mítico, enseñaron a unos primitivos seres humanos la capacidad de cultivar la tierra, domesticar animales, la cerámica, la metalurgia. No sólo eso, en ocasiones, esos héroes procedían de un mundo previo, también mítico, de una antigua *edad de oro* en la que el hombre había tenido unas cualidades muy superiores a las actuales. Historias preciosas que se pueden rastrear en la mayoría de culturas, y que solían atribuir a dichos grandes hombres, surgidos de doradas épocas previas, la construcción de grandes monumentos en el pasado, dado que los hombres normales –y menos los antepasados cercanos– no podían ser capaces de hacer determinadas obras que el tiempo había respetado, como los megalitos –Stonehenge es un buen ejemplo– o las pirámides.

El estudio de estas últimas, tan antiguas y notables desde siempre, provoca una normal admiración en todos los que han tratado de adentrarse en sus misterios, habiendo explicaciones sobre su origen desde siempre. Sin embargo, ya en la antigüedad, la normalidad en el tratamiento de las mismas era más la norma que la excepción, y tal parecen demostrar los tratados de autores como Herodoto

o Diodoro.

## Extravagantes sinrazones

No fue, sin embargo, hasta el siglo pasado, cuando las primeras expediciones arqueológicas en Oriente Próximo y en el norte de África sacaron a la luz una serie de ciudades perdidas y culturas de las que tan sólo se tenía algún recuerdo, cuando la *paraarqueología* empezó a fantasear, especialmente en lo que se refiere a la egiptología, todo ello unido al nacimiento de ciertos grupos secretos, dentro del roman-

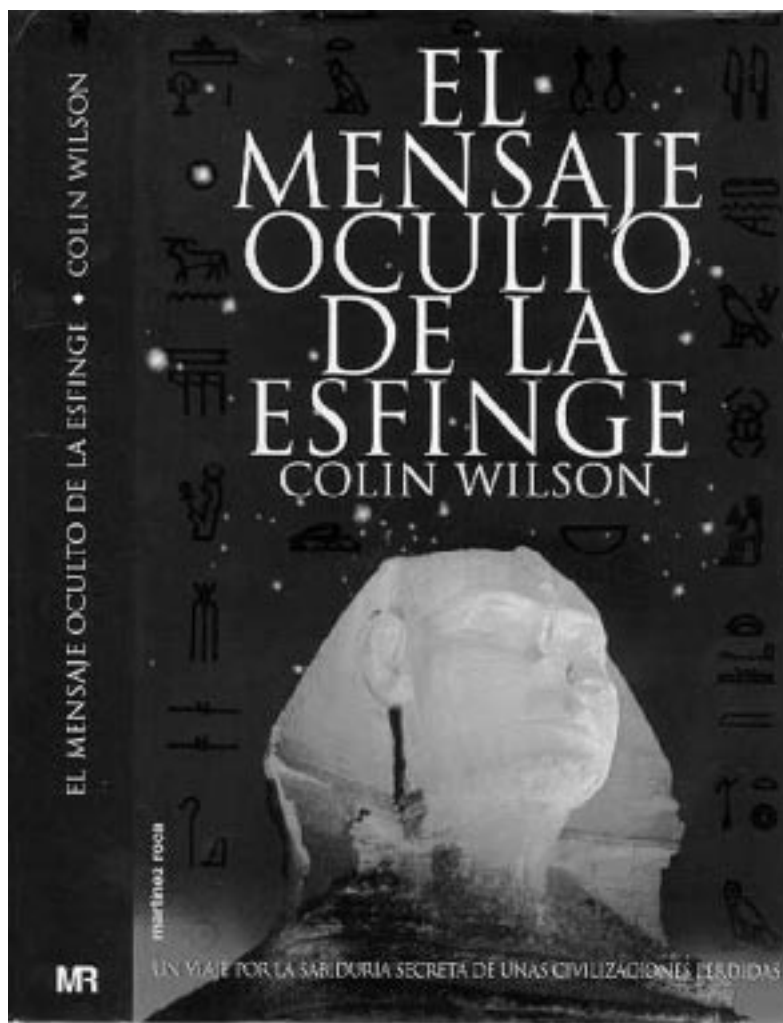
que sólo para algunos poco informados.

Entre estos *algunos*, está Colin Wilson, autor de *El mensaje oculto de la esfinge*, que cree que en la esfinge egipcia, que se alza, monumental, junto a las pirámides en Gizeh, están las evidencias que nos hablan acerca de una supuesta civilización pre-egipcia. Dicha cultura, que el autor llama *atlántida*, pese a que dicho nombre, según él, no tiene porque ser el correcto, estaba dotada de unas capacidades mucho más allá de las del hombre actual, lo que le permitía, entre otras cosas, gracias a poderes que ahora llamaríamos

paranormales –pese a que a Wilson tampoco le encanta esta palabra–, desplazar fácilmente, sin ayuda de máquinas ni instrumental, los bloques de piedra de más de 200 toneladas necesarios para la construcción de la gran esfinge. Ellos también fueron la fuente de los conocimientos sobre astronomía, geometría, arquitectura, etcétera, de todos los pueblos de la antigüedad, desde los egipcios hasta los mayas o los olmecas –culturas separadas no sólo por la geografía, sino por un par o más de miles de años si contamos desde sus inicios–.

Este mundo anterior al egipcio, según Wilson, vivía en un estado de conciencia colectiva, que anidaba en el hemisferio derecho del cerebro. Luego, dicha mente cayó a un tipo de conciencia especial, en el cerebro izquierdo, que si bien no es

del todo negativa, ya que ha impulsado nuestra lógica y capacidad de raciocinio –no en todos, como se observa al leer este libro–, sí que nos ha provocado una visión en *túnel*, unidireccional, que precisa de fuertes estímulos constante-



Wilson, Colin [1997]: *El mensaje oculto de la esfinge* [From *Atlantis to the Sphinx*]. Trad. de Jordi Beltrán. Revisión y adaptación de Javier Sierra. Ediciones Martínez Roca (Col. "Enigmas"). Barcelona. 344 páginas.

ticismo.

Pese al avance del conocimiento acerca del pasado, que gracias a la mejora de las técnicas de investigación ha hecho que muchas dudas se vayan desvaneciendo, sinrazones extravagantes siguen persistiendo, aun-

mente. El ser humano, al evolucionar (?), en algún momento del tercer milenio antes del nacimiento de Cristo, tuvo que dejar la mente colectiva de nuestros antepasados para pasar a la actual, con grandes ventajas, pero limitada e individual, así como más penosa y agotadora. Es la conciencia del cerebro izquierdo.

Wilson parte de una serie de evidencias, la mayor parte de ellas misteriosas, difíciles de verificar y publicadas en oscuros libros, que él suele citar casi como malditos (así como, de vez en cuando, señala el pavor –no sin razón– de algunos de los autores de las teorías en las que se basa, como Hanckok, por ejemplo, de ser tenidos como chiflados).

Las evidencias y datos que aporta suelen no serlo en realidad cuando uno conoce algo mejor que el autor el tema del que se trata –no es difícil–, y, así, errores de bulto se suceden sin fin. Hacer una cuenta de las inexactitudes que se entremezclan en *El mensaje oculto de la esfinge* precisaría de un esfuerzo superior al que este crítico se ve capaz de acometer. Así, el autor señala, con toda naturalidad, que una de las causas de la evolución es tener una meta, y que la necesidad de preservar el fuego por los neandertales fue la causa de la explosión del cerebro y de su desarrollo posterior en nuestra dirección.

Por otra parte, usa una terminología para hablar de la cadena evolutiva humana, así como en el momento de establecer filiaciones entre el hombre actual, el de Neandertal y el hombre de Pekín, que ya estaban muy superadas en la época de redacción del libro y que revelan la inexactitud de sus fuentes, al tiempo que invalida las hipótesis surgidas de ellas. Y remata la faena cuando indica que “me inclino a creer que éste fue el motivo de que el hombre de Cromañón se convirtiera en el fundador de la civilización. Su dominio de la magia le daba un sentido de optimismo, de tener una meta, de control, como ningún animal había poseído antes”. Nos encontramos, de nuevo, con una visión acientífica de nuestros orígenes, atribuyendo a causas espirituales lo que es un proceso evolutivo normal, igual al de los rumiantes o al de los grillos.

Para Wilson, el verdadero estímulo de la evolución fue el conocimiento. La explosión del cerebro debió ser fruto de la intervención de una *tercera fuerza*. Según el autor, el origen de dicha fuerza fue “posiblemente la explosión de un meteoro, aunque es más probable que fuera el crecimiento del lenguaje, de la religión y de las actitudes sexuales”, amén del descubrimiento, por parte de los cromañones, de la magia cinegética. Es decir, Wilson hace gala de un cierto conocimiento de una terminología científica ya en desuso para impresionar al lector, aunque tras su terminología no haya más que el vacío más absoluto, y así llega, como puede, al final de su libro sustentando la hipótesis que al principio he comentado.

Pero no sólo es eso. Su desconocimiento, profundo, de la astronomía a simple vista le hace preguntarse cómo se podía conocer en la antigüedad con precisión el Norte geográfico. La creencia, de nuevo, en que los hombres de hace 20.000 años –e incluso los que viven en las llamadas *culturas primitivas*– son proto-hombres es la misma que en la antigüedad. Los hombres, hace 10.000 años, eran exactamente como nosotros, y para ellos determinar el Norte geográfico era tan sencillo como para nosotros si nos fijamos en el eje de rotación de las estrellas cualquier noche. El conocimiento astronómico de mayas y egipcios no tiene nada de sobrenatural, aunque sí de esfuerzo meritorio en la investigación y comprobación de datos, así como en la transmisión de conocimientos sobre los movimientos de los objetos celestes.

Wilson junta materiales ya explicados racionalmente, pero no cita la explicación lógica, sólo la *misteriosa* –un caso claro sería el de los dogones y su conocimiento de la existencia de Sirio B en torno a Sirio A–. Un lector poco experto lo que hace es suponer que el autor debe saber de qué habla, que, aunque en algún dato se equivoque, todo no puede estar mal. Pues sí, lo está, al menos todo lo que conozco, y lo que no está mal está poco claro, y se nota que Wilson lo usa aunque no lo entiende. Por ejemplo, en el caso de todas sus referencias a los conocimientos

astronómicos de los pueblos de la antigüedad o la alineación de monumentos.

Hace etimologías silvestres, al asociar palabras únicas en idiomas diferentes para indicar parentesco entre éstos, lo que me recordó cuando hace años, ya muchos, en una clase de griego, un compañero preguntó al profesor si el nombre del río Potomac (en EE UU) procedía de la palabra griega *potamós* (río). ¡Incluso se pregunta si puede ser casualidad que una lengua sencilla, como la aymara, se pueda traducir tan bien al lenguaje informático y sea hablada alrededor de Tiahuanaco! ¿Y sus opiniones sobre las tesis de Velikovsky y Hörbiger? Habla del radio polar y del año solar, y da unas cifras que, tomadas como se tomen, ni se aproximan a la cifra real. Hay más *perlas*; pero ya no me queda cuenta ni ganas de contar.

La aproximación de Wilson al mundo egipcio, a las pirámides, a la esfinge, no va más allá de lo expuesto y debatido millones de veces por otros autores, sólo que en esta ocasión los responsables no llegaron del espacio, sino que fue una civilización previa. Hablar, a estas alturas, de lo maravilloso de las medidas de una pirámide o de la esfinge de Gizeh, y dar como increíbles datos normales cuando uno analiza la geometría de este tipo de figuras, ya resulta cansado. Sin embargo, puede ser útil recordar una cosa, y es que a mí, como arqueólogo –y científico–, me sería igual si las pirámides las hubieran hecho egipcios, marciaños, atlantes o agrimensores finlandeses. Lo importante es que el método que se use para conseguir dichos datos sea el científico, que las evidencias sean razonables, y que el que escriba algo al respecto supere los mismos problemas de crítica que supera cualquier investigador de la antigüedad cuando imputa un determinado tipo de cerámica a una cronología concreta. Todo lo que no se ajuste a ello puede ser divertido; pero, en cualquier caso, quizá no merezca el mismo tipo de respeto como afirmación acerca de lo que fue el mundo.

ALFONSO LÓPEZ BORGÑOZ